

Cultura y socialismo: nuestra propia aventura

Eduardo Carrasco

Nuestro partido representa en Chile el impulso histórico del verdadero socialismo y la auténtica doctrina socialista que recoge para superarlos —y no para destruirlos— todos los valores de la herencia cultural como un positivo aporte a la nueva sociedad que debe erigirse sobre el mundo capitalista en bancarrota” (Eugenio González: *Fundamentación teórica del programa del Partido Socialista*, 1947).

Durante largo tiempo, debido a múltiples condicionamientos históricos de nuestra época, lo único que se leyó de esta frase fue su última parte, la que se refiere a la nueva sociedad que deberá construirse sobre la bancarrota del mundo capitalista. Esto fue así porque parecía urgente manifestar la confianza en que el triunfo de los ideales socialistas estaba *ad portas* y porque además se había acentuado la polarización en la confrontación de clases, cargándose el propio mensaje socialista de un contenido marxista ortodoxo hoy día difícil de defender y sin lugar a dudas, muy alejado de las intenciones del redactor del texto citado.

Dejando de lado si esta doctrina escolástica deberá o no cumplirse, y sin pronunciarnos sobre el estado actual del mundo capitalista, leamos con atención la primera parte de la frase. De esta lectura extraemos las siguientes enseñanzas: primero, que al autor le parece indispensable delimitar exactamente lo que él llama el “verdadero socialismo”, y segundo, que este “verdadero socialismo” hay que diferenciarlo de lo que podría ser un “falso socialismo”. El primero está determinado a su vez por una “auténtica doctrina socialista” la cual por supuesto tendría que diferenciarse a su vez de otra que sería falsa.

Según el escrito, la “auténtica doctrina socialista” es aquella que recoge todos los valores de la herencia cultural. ¿Cuál es esta herencia cultural? Respondemos: la cultura misma, es decir, el saber y los valores que brotan de la reflexión autónoma del hombre sobre los problemas fundamentales de su vida y de su historia. Estos valores se asientan en la tradición histórica humanista que atraviesa

los siglos y culmina en una cierta idea libertaria del hombre y de la sociedad. El verdadero socialismo se define entonces como la doctrina heredera de todos los valores culturales, la que asume esta herencia cultural y la supera sin destruirla. La superación de la herencia cultural consiste en nuestra instalación dentro de ella y en la respuesta a partir de ella sin salir de ella, respuesta que es acorde con la esencia misma de la cultura. El socialismo se presenta de este modo como el partido de la cultura, la fuerza que se asienta en la tradición de la cultura y que fiel a su impulso propio es capaz de superarla.

Lo que está en juego

Superar la cultura no es ponerse por encima de ella en un terreno que ya no sería cultural. Superar la cultura es introducirse en ella para llegar con mayor profundidad a su esencia más íntima. Superar la cultura es hacerla todavía más cultural, entregarle todavía más fuerzas para que ésta se desarrolle, e inclusive protagonizar este mismo desarrollo. Por otra parte, este desarrollo no sólo es cualitativo como hasta ahora lo hemos señalado, sino también cuantitativo, es decir, expan-

sivo. Por este motivo se dice antes de este párrafo que leemos, que el “socialismo tiene un alcance universal, tanto por el valor humano de sus postulados esenciales como por el hecho de que el sistema capitalista, dotado de extraordinario dinamismo expansivo, llevó sus formas de vida a todas las regiones de la tierra, suscitando en todos los pueblos parecidas necesidades.”

Según esto, el capitalismo sería una fuerza que ha cumplido su rol, en cuanto el proceso de expansión cultural ha alcanzado ya la universalidad contenida en sus posibilidades. Lograr esta universalidad era la misión, por decirlo así, del régimen capitalista. La diferencia a este respecto es que el socialismo, en cuanto defiende postulados más humanistas, contiene mayores posibilidades de desarrollo de lo humano. Este desarrollo ya no se consume más en el sentido de lo puramente cuantitativo de la extensión, sino que conlleva ahora la profundización de los propósitos más importantes y decisivos de la herencia cultural. El socialismo supera al capitalismo por sus postulados humanistas y porque además camina en el sentido de la “evolución general de la sociedad”.

El texto es parte de un amplio documento preparado por su autor con el título de *Socialismo y cultura: vuelta al origen, la Fundamentación de Eugenio González*.

El socialismo no se opone al capitalismo como se oponen dos fuerzas antagónicas que actuasen en sentidos simplemente opuestos; el socialismo en realidad camina en el mismo sentido del capitalismo, sólo que sus fuerzas de expansión lo llevan más lejos. En ese sentido el socialismo supera al capitalismo y lo supera precisamente porque va por su mismo camino. El camino por el que ambos van es el del desarrollo de la cultura. Este desarrollo está marcado entre otras cosas por eso que podemos todavía vagamente llamar "humanismo". En cuanto lucha por el "humanismo", la confrontación entre capitalismo y socialismo es fundamentalmente una confrontación cultural en la cual lo que está en juego son los valores humanistas.

Cada cuál es hijo

Es importante que en la frase que comentamos reparemos en la expresión: "todos los valores de la herencia cultural". Esta frase es una clara demarcación con respecto a la teoría clasista sustentada por el estalinismo, según la cual la "herencia cultural" estaría dividida según el esquema de las clases.

La clase burguesa se inscribiría en una tradición de clases explotadoras en las cuales encontraríamos a los esclavistas de la antigüedad (tiranos griegos, patricios romanos, etcétera), a los señores feudales de la Edad Media y a la nobleza del Antiguo Régimen. De todos ellos vendrían todas las taras ideológicas de una cultura cuyo fundamento sería la explo-

tación del hombre por el hombre. Frente a esta línea de evolución habría otra, la de la cultura de los desposeídos, representada actualmente por la clase obrera industrial, sector de donde vendrían todas las conquistas humanistas de las que los sustentadores de esta teoría deberían sentirse herederos. De este cuadro maniqueo surgiría la necesidad de que los partidarios consecuentes del socialismo se ubiquen claramente en la barricada de la cultura proletaria y combatan sin cuartel a la cultura burguesa.

La frase "todos los valores de la herencia cultural" significa por el contrario que aquí no debe hacerse este tipo de oposiciones. La herencia cultural es la herencia de la humanidad, no la herencia de una clase. El socialismo no rechaza los valores de la cultura burguesa, por el contrario, se ve a sí mismo como continuador de ellos. En cuanto movimiento continuador de "todos los valores de la herencia cultural" el socialismo realiza lo que la burguesía no ha sabido o no ha podido realizar. Son los propios valores de la burguesía (libertad, igualdad, fraternidad) los que el socialismo asume como impulsor de la evolución general de la sociedad. Pero si bien la idea revolucionaria implica un cambio brusco en el desarrollo de lo humano, la historia de la humanidad no tiene rupturas, es la evolución "orgánica" de sus posibilidades y en ella no hay nada que no quede profundamente enraizado en los períodos anteriores. Estos se ligan unos con otros por leyes de necesidad, de donde la exigencia de una "solidaridad" en-

tre ellos. Cada cual es hijo del anterior, en él nacen sus realizaciones y sus sueños, de sus fracasos provienen sus nuevos impulsos y de sus conquistas las bases en que se asientan sus posibilidades.

Una nueva construcción

En el terreno de confrontaciones que es la historia de la humanidad, las oposiciones no logran jamás derruir un terreno común de solidaridad humana, una especie de conciencia planetaria ubicada por encima de cualquier desgarramiento, que es eso que llamamos "cultura". La cultura asegura que exista propiamente una historia humana y reúne en sí los valores que el hombre como hombre va asentando en su camino. El que una época determinada realice o no sus sueños no los invalida como sueños del hombre en un momento determinado de su historia. La corrupción de los ideales genera por sí misma otros ideales, precisa la puntería, delimita más perfectamente lo que todos los hombres debieran alcanzar. Así, toda destrucción no es definitiva, le abre paso a una nueva construcción por donde transitarán los hombres de mañana. Si la historia fuera un constante recomenzar no habría ninguna posibilidad de ganancia, de memoria, de conciencia humanista. Es porque cada época pertenece en su específica manera a la cultura humana que podemos asumir nuestra propia aventura como parte de la aventura de todos los demás hombres. (X)

